

BURGUEÑO, José Manuel (2010): *Cuestión de confianza. La credibilidad, el último reducto del periodismo del siglo XXI*. Barcelona, Editorial UOC. 248 páginas.

El título de este libro de José Manuel Burgueño, profesor de Periodismo en la Universidad Antonio de Nebrija, mantiene un hilo consecuente con dos producciones suyas anteriores, *La invención en el periodismo informativo* (2008) y *Los renglones torcidos del periodismo* (2009), fruto ambas de su tesis doctoral (dirigida por la profesora de la UCM María Jesús Casals y defendida en septiembre de 2007) y que dejan de por sí entrever una línea crítica -Burgueño ha ejercido también la profesión en varios campos y puestos relevantes- con el ejercicio del periodismo a principios del siglo XXI.

Un ejercicio revisionista, por otra parte, que lo hace muy recomendable tanto para profesionales como para alumnos de las facultades de periodismo, pues por vía de la exposición de grandes errores en unos casos, y manipulaciones conscientes en otros, intenta mostrar sin tapujos qué han hecho -qué hemos hecho- mal los periodistas y con qué consecuencias, la más inmediata de ellas, el bajo reconocimiento social que afecta al oficio.

Sin que ello suponga el menor ápice de defensa corporativa, la lectura del libro de Burgueño sugiere cuán deseable sería un enfoque semejante en otras actividades profesionales de importante incidencia en la sociedad como jueces, médicos, docentes, políticos y, sobre todo por lo aquí nos ocupa, gerentes y responsables económicos de medios de comunicación.

¿Sería pensable, por ejemplo, una obra semejante en la que algún magistrado detallara grandes errores, involuntarios o no, en procedimientos judiciales? ¿O en la que un médico enumerase fallos en diagnósticos o en intervenciones quirúrgicas? ¿O en la que algún gerente detallara por qué no supo prever el cambio tecnológico y volcó todas las consecuencias del mismo en la pérdida de empleo de periodistas? Quizás entonces se les podría invitar a leer este libro desde una posición de igualdad. Porque los profesionales de la comunicación no se equivocan, probablemente, en mayor o menor medida que todos ellos. La diferencia es que algunos, como es el caso de Burgueño, con un encomiable espíritu crítico, no dudan en exponer al lector las “miserias” de su trabajo sin esperar a que tengan que ser terceros quienes lo hagan.

La lectura de *Cuestión de confianza. La credibilidad, el último reducto del periodismo del siglo XXI* mueve también a diferenciar entre lo que son errores -inevitables, o no, como ocurre en cualquier actividad humana-, prácticas habituales viciadas -por ejemplo, el mal uso del idioma o la ausencia del contraste de fuentes-, lo que ya es grave e indefendible, actuaciones perseguibles de oficio como el plagio o la mentira. En este último punto no me resisto a mencionar el primero de ellos, el plagio, como la más detestable actuación que pueda tener un periodista. Porque el mentiroso, al menos, crea algo. El otro, ni eso.

Erroros, disfunciones, actitudes, en suma, que afectan a la credibilidad, a la que alude Burgueño como el último reducto del periodismo del siglo XXI.

Y esa credibilidad surge, y queda claro en su libro, sólo como consecuencia de la

buena práctica profesional. Algo que, evidentemente, no se puede aprender en un solo tratado o manual, como tampoco las facultades o escuelas pueden garantizar la buena formación sistemática de periodistas. Pero sí se puede avanzar mucho dando a conocer, y aprendiendo, de los errores y malas prácticas, sobre todo las más habituales, como la ausencia del contraste de fuentes, el mal uso del idioma, el recurso a los tópicos, el no reconocimiento de los fallos o la falta de objetividad, concepto este último que provoca un debate inmediato que no viene ahora el caso pero que todo periodista reconoce en su fuero interno y le hace saber cuándo ha tratado, hasta el límite de lo razonable o de lo posible, de alcanzar la verdad.

Es precisamente en este punto en el que el libro de José Manuel Burgueño se muestra como una obra que invita a la lectura repetida. Como ocurre, por ejemplo, y sin tratar de hacer comparaciones, con los de David Randall. El simple hecho de que la obra del profesor de la Antonio de Nebrija recuerde a la del periodista inglés, en opinión de quien esto escribe autor de uno de los mejores manuales de periodismo, no es poca virtud.

A ello contribuye el lenguaje claro, conciso y directo -de buen periodismo, en otras palabras- empleado por el autor, que, como afirma Fernando González Urbaneja en su prólogo, acredita que conoce el oficio.

“Es libro”, afirma el presidente de la FAPE, “de periodista, pero también es libro de profesor, que introduce ritmo en la lección, que administra los tiempos que quiere enseñar y que sabe utilizar la pedagogía del ejemplo”.

Como asimismo es destacable la buena base documental aportada en la obra. El ejemplo al que se refiere González Urbaneja. Aquí se aprecia con claridad el origen académico de la investigación de Burgueño, pues presenta el rigor en la mención explícita de fuentes que él mismo reivindica como imprescindible para la credibilidad, clave para el futuro, laberíntico como señala el autor, del periodismo en este arranque de siglo.

Con ser graves el desafío tecnológico o la crisis económica, no lo es menos el grado de deterioro al que ha llegado el ejercicio del periodismo como consecuencia de un “todo vale” con tal de vender o de tener una audiencia los viernes y sábados por la noche. Al reto de las nuevas tecnologías los periodistas responderán, sí o sí, como lo hicieron con la llegada de la radio, la televisión o los ordenadores. A la crisis económica intentarán sobrevivir como buenamente puedan porque ellos no la gestaron ni está en su mano resolverla. Pero la credibilidad y el buen quehacer sí nos incumben a todos y cada uno de nosotros, y eso nos lo recuerda constantemente Burgueño en este libro.

Es, pues, una obra que se lee con agrado -incluso de un tirón- y que conviene tener a mano para aquellos, pocos, momentos en los que la hiperactividad diaria que acompaña al ejercicio de la profesión deja hueco a la reflexión sobre qué hacemos, cómo hacemos y, sobre todo, por qué hacemos así las cosas en este oficio.

José Ángel CASTRO SAVOIE
Universidad Complutense de Madrid